

Ángela Corvea: Soñar en mayúsculas
(yo soy bióloga)

Por Raquel Sierra
(raquels@enet.cu)

La Habana, febrero (Especial de SEMlac).- Se veía montada sobre un barco, lista para saltar al agua a la caza de hallazgos. Su primera incursión marina fue en la embarcación Xiphias —nombre científico de un pez—, en una experiencia que reafirmó su vocación.

Lo que ella es hoy no le cayó del cielo, lo forjó con empeño. Trabajando como técnica, hizo estudios superiores de Biología marina y se convirtió en investigadora del Instituto de Oceanología, del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente de Cuba. En esos años, reportó la presencia en aguas cubanas de una especie rara de holoturia — pepino de mar—, en una inmersión a 27 metros de profundidad.

Carrera de obstáculos

La vida le ha puesto zancadillas, pero ella no se amilana; con Ángela no hay espacio ni tiempo para la rendición.

El nacimiento de su segunda hija, Elisa, en 1984, cambió su vida. A los seis meses, los médicos le diagnosticaron a la niña una lesión estática del sistema nervioso central. Para que Ángela trabajara, alguien debía cuidarla siempre.

“En el instituto me propusieron una plaza de divulgadora, sin categoría científica y menos salario. Empezó a cambiar mi visión del mar, ya no se trataba de investigar y publicar los resultados en revistas para especialistas”. Aprendió a traducir temas científicos sobre biología, física y geología, los grandes asuntos de la oceanología, a un lenguaje que pudieran entender los neófitos. Comenzó a dar charlas, a relacionarse con periodistas y personas atraídas por la ciencia.

“Me interesaba divulgar las bondades del mar para que la gente entendiera por qué era importante investigarlo”. Pero, cuando pensaba que había encontrado su mundo, la vida se encargó de demostrarle que sólo había transitado una parte del camino.

En 1996 se acercaron al instituto estudiantes y personas de la tercera edad, en busca de información sobre el tema marino. Le propusieron entonces crear un círculo de interés y Ángela, que creía “que no tenía un cromosoma de maestra”, se sorprendió a sí misma ofreciendo conferencias y excursiones. Aunque al principio hubo reticencias, los investigadores se fueron involucrando en el proyecto, que les demostró lo descabellado de ponerse barreras sin antes hacer un intento.

Cuando Elisa cumplió 18 años, demandaba atención constante de su mamá. Con 53 años, dos antes de lo previsto entonces para la edad del retiro de las mujeres en Cuba, a Ángela se le concedió la jubilación extraordinaria.

“Después de algunos meses, surgió una disyuntiva: ¿quedarme en casa o emprender algo desde allí? Me decidí por lo último, convencida de que se podían acometer acciones para cambiar la forma de pensar sobre el mar y el entorno”. Como desde 1999 coordinaba en el Instituto de Oceanología la campaña internacional “A limpiar el

mundo, salva tu pedacito”, decidió trasladar el comité organizador para el municipio de Playa.

En 2003, una nueva idea surgió de su inquieta cabeza: formar un taller de transformación del barrio. Es entonces que aparece el personaje Acualina. “Acua viene de agua y lina, de corales; me pareció un nombre perfecto”, dice Corvea, quien también utilizó el nombre de su signo zodiacal, Acuario.

La historia de Acualina tiene mucho que ver con la vida de Ángela. “No podemos detener el derretimiento de los glaciares, ni revertir el calentamiento global, pero con pequeñas acciones sí contribuiríamos a proteger la casa común de seis mil millones de personas”, dice la creadora del proyecto.

Lo que concibió como un modesto logotipo, ha crecido como una bola de nieve y se ha convertido en un personaje que ha despertado la sensibilidad en muchas personas. Según dice, los niños y niñas de hoy tendrán que enfrentar los cambios climáticos y sociales de mañana. Hay que prepararlos para mitigar el impacto y adaptarse a un mundo nuevo.

Para ayudarlos a adentrarse en ese universo de biodiversidad en peligro, de amenazas de tsunamis, ruidos y un cambio climático que llama a la adopción de medidas urgentes, surgieron los minilibros *Acualina 1* y *Acualina 2*, y anda en camino un nuevo volumen. La página web, en reestructuración, dará mayor alcance a los mensajes.

Pese a que los recursos financieros son casi siempre escasos, consigue apoyos de personas o instituciones que han visto cómo los mensajes televisivos de la musa defensora del entorno hacen que niños y niñas levanten la mirada de los juegos y escuchen, atentamente, una voz suave que enseña conceptos que podrán acompañarlos toda la vida.

Puede ser una pegatina, una caja de fósforos, un plegable pequeño, un almanaque del año —en colores o a solo dos tonos—, y hasta una tarjeta telefónica, lo importante es que el mensaje se difunda, sobre todo entre los más chicos de la familia, que son como “esponjas que lo captan todo”.

Tanto como los mensajes impresos, enseña con su conducta personal. En las jornadas de limpieza que organiza, se le ve junto a escolares, adolescentes y adultos limpiando la costa, colmada de latas, cartones y bolsas de polietileno. Le pone a todo cuerpo y alma.

Ser mujer y no morir en el intento

Corvea recibió en 2001 el Gran Premio Internacional de Medio Ambiente Marino y Subacuático que otorga el Comité Científico de la Confederación Mundial de Actividades Subacuáticas (CMAS) y, en 2002, el Premio Coral Polip a la mejor educadora ambiental de ese año, otorgado por la Organización Conservacionista de Key West (Reef Relief), en Estados Unidos.

Por suerte, ser mujer no le impidió llegar a donde está. “En mis años de juventud y los que dediqué a la investigación científica, realmente, ni me percaté de si había alguna diferencia entre hombres y mujeres: hice todo lo que quise hacer, como bucear, viajes de colecta en barcos, numerosos días separada de la familia”, asegura.

“Ya como educadora ambiental, sí me hace feliz ser mujer, pues esa dedicación la vuelco sobre las personas, especialmente la infancia, para sensibilizar en la preservación del medio ambiente. Pienso que el hecho de ser una mujer informada y apasionada con esta temática me facilita mucho más los canales de comunicación con el público”.

Para Corvea, el principal obstáculo a superar por casi todas las mujeres de nuestras sociedades latinas es vivir aún en el patriarcado. Cualquier logro, resultado o premio alcanzados en el trabajo de una mujer debería ser reconocido doblemente, pues, en la mayoría de los casos, debe compartir las tareas del hogar con su desempeño profesional.

Ángela opina que “tener que convivir con las incomprensiones de esposos e hijos, que preferirían que nos dedicáramos a ser perfectas amas de casa, es uno de los principales obstáculos y retos que enfrentamos hoy día las mujeres.

“Casi siempre, las que amamos apasionadamente nuestra profesión padecemos más este problema, pues queremos dar lo mejor y nos sentimos en ocasiones frustradas, agotadas y con sentimientos de culpa porque no nos alcanza el tiempo para quedar bien con todo y con todos”, comenta.

“Por ser mujer y estar sobrecargadas de trabajo, cada triunfo o resultado se disfruta aún más, porque en lo más hondo sabemos cuánto nos ha costado llegar a donde queremos, para poder lograr nuestras metas”, opina.

En el caso de Ángela, una mujer de pequeña estatura, pero un corazón y una voluntad de gigante, hay un detalle más: “cada pequeño éxito que obtengo lo dedico a mis hijos, principalmente a Elisa, que por su discapacidad no puede comprenderlos y compartirlos conmigo; pero justamente ella representa un gran estímulo para continuar”.

Así sigue, soñando con que “pintores, músicos y otros artistas e intelectuales dediquen conciertos y exposiciones al planeta, y que en los escenarios de gran afluencia de público se hable de qué debemos hacer con suma urgencia para salvarlo”.

(fin/semlac/11/rs/sm/zp)